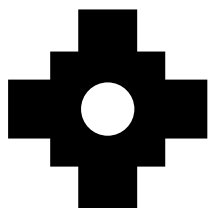


PRIMERA EDICIÓN



Aulicha



CRÓNICAS EN LOS
ANDES

FERNANDO PUJAICO RIVERA

LAVRAS/MG
2020

Copyright © 2020 Fernando Pujaico Rivera

ISNI :: 0000 0004 9156 373X

ORCID :: <https://orcid.org/0000-0002-4970-2818>

ISBN: XXX-XX-XX-XXXXX-X

Publicado: Edición Independiente

Primera impresión: 2020

Diagramación: Fernando Pujaico Rivera

Capa: Fernando Pujaico Rivera

Página web: <https://trucomanx.github.io/aulicha>

Pujaico Rivera, Fernando, 1982.

Aulicha: Crónicas en los Andes / Fernando Pujaico Rivera. – Lavras, Edición Independiente, 2020.

42 p.: 14.8x21.0cm.

Incluye Bibliografía

ISBN: XXX-XX-XX-XXXXX-X

1. Cuento infantil. 2. Cuento peruano. 3. Literatura Latino-Americana. I. Título.

CDD: 028.5

CDU: 087.5

Dedico este libro a mi papá Aurelio Pujaico
Oscorima, a mi mamá Flaviana Rivera Illanes y a
mi hermano Mariano Pujaico Rivera.

Agradecimientos

Doy muchas gracias a Dios.



Prefacio

En las próximas páginas, el lector conocerá un conjunto de historias acontecidas en la cordillera de los Andes del Perú, estas muestran algunas vivencias del entonces niño Aurelio Pujaico Oscorima (1956), ayacuchano de nacimiento, ahora conocido como Don Aurelio.

Mediante sus palabras y su particular mirada, podremos entrar en la vida y pequeñas aventuras de los habitantes de la sierra; conociendo así: sus problemas, sus alegrías y las enseñanzas que la vida les proporciona.



Índice general

Prefacio	VII
Índice general	IX
Introducción	11

I La dualidad del ser	17
1 Zorra	19
2 Zandor	29



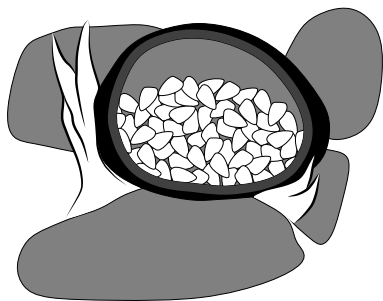
Introducción

En mi querido pueblo de Occo, allá en la época de mi primera década, yo pasaba mis días dividiendo mi tiempo entre los trabajos de la chacra¹, mis juegos infantiles e innumerables paseos por la sierra. Los trabajos del campo, aunque fuesen pesados para mí, eran posibles de llevar, porque estos eran divididos con toda la familia. Aun así, los días en la sierra no transcurrían limpios de sorpresas, dado que, de cuando en cuando, alguno de nuestros animales se perdía; en esos casos, nosotros salíamos por las laderas de los montes gritando su nombre hasta que escuchábamos una respuesta, generalmente en forma de un lamento lleno de tristeza y añoranza. Esta táctica era especialmente eficaz con mi burrito, pues el conseguía escuchar mi llamado desde otras montañas. Así,

¹ *También escrita como chakra, esta es una palabra quechua que hace referencia a um terreno de cultivo.*

cuando yo gritaba su nombre, el volvía a mí gritando y llorando, escogiendo su camino en función de la dirección de mi voz. En otras ocasiones percibíamos que desaparecían animales pequeños como pollos o cuyes; sin embargo, después de observar las evidencias y hacer un trabajo detectivesco, descubríamos que su ausencia era debido a la visita de algún halcón, zorro, o gato de montaña. En esos casos, nosotros solo podíamos llorar por ellos; sin embargo, pocas eran las veces que perdíamos animales de esa forma; dado que, además de las personas de la casa, nosotros teníamos animales como perros y gatos que nos ayudaban a vigilar.

Mi familia no era acomodada, y tal vez ese concepto escapaba a mi comprensión en aquella época, mas nada de lo que realmente me importaba me faltaba. Recuerdo que mi casa era de adobe y



madera con techo de tejas. Mi mamá cocinaba sobre una pequeña fogata, y mis hermanas y yo, ciertamente, usábamos con mucha frecuencia ropas que a simple vista cualquier persona consideraría que eran varias medidas menores de las que necesitábamos; sin embargo, para mí, mi casa era un castillo amplio y fresco, al cual yo iba a descansar después de volver

de la escuela o del trabajo en la chacra. La cocina de mi mamá era la mejor; ella estaba llena de sabores obtenidos de los mismos productos que cultivábamos o cuidábamos. En días especiales, mi papá iba al río y comíamos pescado. Otras veces, en época de sequía, comíamos charqui², con alguna mezcla de huevos de perdiz o de gallina; dependiendo de la suerte del día. El queso y la leche no faltaban en nuestras comidas; que tanto podían ser de cabra o de vaca. Los postres dependían de la estación del año, pues las frutas como tunas, duraznos, higos, pepinos dulces, sanky³ entre otras tenían cada una su temporada. También habían épocas para sobremesas elaboradas con maíz fresco y otras con calabaza; con esta última, mi mamá hacía mi mazamorra favorita. Era increíble para mí que: una crema de semejante majestad podía ser construida con sólo un poco de azúcar, canela, clavo de olor y calabaza.

A mis hermanas y a mí nos gustaba jugar juntos, salir a pasear buscando frutas e ir a apreciar animales silvestres. En general, nosotros no teníamos discusiones importantes, sin embargo, debo reconocer que: yo de cuando en cuando acostumbraba hacer alguna maldad. En esos casos, ellas recurrían a las máximas

² *Carne deshidratada al sol.*

³ *Fruta del Ande peruano que tiene múltiples beneficios para la salud.*

autoridades de la casa, con los señores que gobernaban y decidían sobre el bien y el mal, es decir: mis padres. recuerdo que, al principio, mi papá me hablaba con frases como: — Aurelio, no debes esconder la muñeca de tu hermana. — Si el asunto era más grave el me decía: — ¡Aule! ¿Por qué colocaste un grillo en la cabeza de tu hermana? — Si mi insistencia en la búsqueda de problemas llegaba a niveles peligrosos para mi existencia, mi papá gritaba: — ¡Aulicha! ¿Por qué colocaste ahí en el caramelo de tu hermana? — Así, cuando yo escuchaba que mi papá me llamaba Aulicha, yo ya sabía que mi suerte había sido decidida y que una chicoteada estaba próxima. La idea de huir siempre pasaba por mi cabeza, pero mis experiencias anteriores me indicaban que eso solamente iba a perjudicarme más, e iba resignado delante de mi papá. Inclusive, en varias ocasiones, el me pedía que lleve ese chicote de tres puntas, pequeño y veloz, que era al mismo tiempo un viejo conocido y mi principal antagonista.

Mi vida en el campo siempre estaba llena de contrapuntos, tantos eran los momentos tristes como los alegres, y algunas veces, mas de las que me permitirían pensar que era solo una casualidad, los momentos tristes preparaban un camino inevitable e irreversible a épocas alegres y viceversa; como un ciclo que se retro-alimenta para mantenerse perpetuo. Así, una de mi mayores alegrías era saber que mi

papá retornaba de viaje, generalmente de la costa del Perú, no solo debido a la tristeza y la añoranza que dejaba su partida y la alegría que traía su retorno, sino también porque él volvía lleno de regalos. Él nos traía dulces, galletas, juguetes, ropas y artículos diversos; los cuales, comúnmente, nosotros en los Andes no teníamos acceso. Por otro lado, entre mis momentos más tristes, estaba la pérdida de algún ser querido y la consecuente impotencia al no ser capaz de evitar su partida. No obstante, todo eso es parte de la vida y me gustaría compartir con ustedes algunos de esos momentos.



Parte I

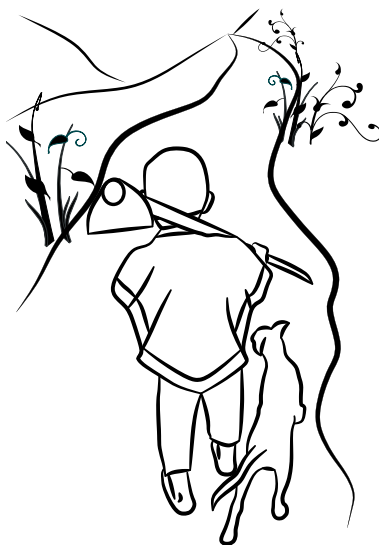
LA DUALIDAD DEL SER



Capítulo 1

Zorra

Cuando era niño, mi familia tenía una perra que se llamaba Zorra, ella era de carácter gentil y muy amorosa con todos nosotros; a mi papá y mí nos gustaba andar con ella para todos lados. En algunas ocasiones, durante nuestras caminatas, nosotros avistábamos a la distancia a algún conocido o familiar, y ellos se

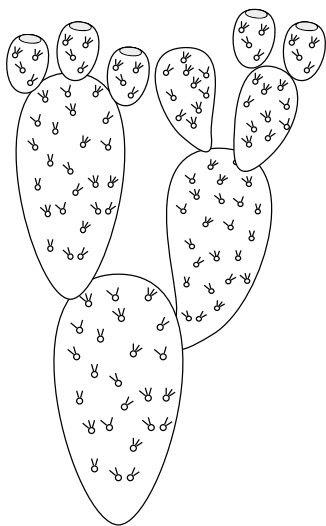


dirigían a mi padre diciendo a viva voz: — Buenos días Don Juande! — El respondía entusiasmado a esos saludos con la misma alegría y energía. Mi pa-

dre en verdad se llamaba Juan de Dios; sin embargo, cariñosamente, todo el mundo prefería llamarlo Don Juande.

Yo probablemente tendría cinco o seis años en esa época y recuerdo de forma clara cómo mi perra iba corriendo de forma ágil delante de nosotros, abriéndonos camino a través de los montes, ladrando y sonriendo. Estas caminatas eran muy comunes, dado que teníamos que llevar comida a las vacas, buscarlas cuando alguna se perdía, o dar mantenimiento a la chacra. Al principio yo no había percibido que mi perra tenía algunas malas costumbres, pues con ella nosotros convivíamos y andábamos de día y su comportamiento era irreprochable.

Aun recuerdo la primera vez que fui al río acompañando a mi papá y a Zorra; mi mamá le había encargado, con carácter de urgencia, la misión de obtener pescados para freírlos en el almuerzo; yo rápidamente me uní a tan noble encomienda, pues me gustaba salir a andar. Para llegar al río, nosotros tuvimos que bajar por una ladera



a través de un camino cercado por plantas de tuna. Cuando llegamos allá, vi que el margen de las aguas

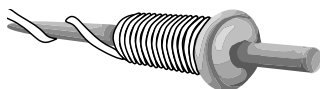
estaba lleno de carrizos, siendo ese un lugar óptimo para explorar y jugar; así, en cuanto mi papá pescaba, mi perra y yo buscábamos nidos con huevos de perdiz, sin embargo, Zorra siempre los encontraba primero, comía todo, o casi todo, y yo solamente podía salvar algunos para mí.

De esa forma pasaron algunos años, en los cuales nadie llegó a nuestra casa trayendo quejas o comentarios sobre Zorra; sin embargo, un día entré a la huerta que estaba próxima a la casa y me quedé sorprendido al encontrar varios pequeños “tesoros” dentro de un escondite. Había una saco de tela con pan, otro con azúcar, uno con dulces y algunas pequeñas herramientas sueltas. Para mi todo eso era increíble, pues nosotros solo teníamos cosas como azúcar o galletas cuando mi papá regresaba de sus viajes después de trabajar cuatro meses en Ica o en alguna otra ciudad grande. En un primer momento, la alegría invadió mi corazón, sin embargo, recordé que mi papá era una persona muy rigurosa, no le gustaba tomar las cosas de los demás, y decía: — Si tu encuentras alguna cosa en el camino, en el campo o en la pampa, no lo debes tomar, — y el agregaba: — Seguramente alguien lo dejó caer, la persona que lo perdió va a regresar a buscarlo, y si tú te lo llevas, no lo va a encontrar.

Yo recordaba muy bien esa enseñanza, porque una vez, cuando estaba en la soledad del campo pastan-

do mis vacas, encontré una herramienta para hacer hilos de lana, que en mi pueblo llamamos “callapa”¹; probablemente la herramienta era de algún otro pastor que pasó por allí, mas en ese momento no pensé en eso, solo tomé la callapa y retorné a mi casa; ya en la tarde, llegué muy contento, diciendo: — Mamá, papá, miren lo que encontré en el campo! — Mi papá inmediatamente respondió: — Aquí no hay nada para ser encontrado! Eso es de alguien, alguna persona lo há perdido y ella va a volver a buscarlo. Anda y deja eso donde lo encontraste.

En ese momento un frío pasó desde la punta de mi cabeza hasta las puntas de mis pies, pues ya casi eran



las seis de la tarde, todo estaba obscuro, las pocas luces eran muy lejanas y venían de las casas de los vecinos — esto era debido a que en la sierra, en esa época, las familias moraban en casas que estaban separadas, unas de otras, por una gran distancia, 200, 300, 400 metros y algunas veces hasta más —, y para finalizar, yo era muy miedoso en lo que se refiere a lugares oscuros y donde tenía que ir estaba muy lejos.

¹ También llamado huso, este es un utensilio cilíndrico hecho generalmente de madera, utilizado para hilar y retorcer fibras como la lana.

Delante de la orden de mi padre, yo fui corriendo y llorando en esa dirección, en el camino no podía distinguir las cosas a unos metros de mí, porque la luna estaba menguante; entretanto, cuando estaba casi a la mitad de mi destino y mi caminar era cada vez mas vacilante, observé las sombras a mi alrededor, y en un sendero paralelo al mio, entre piedras y arboles grandes, vi la silueta de mi papá siguiéndome a escondidas y a una distancia significativa. Con esa certeza en mi corazón, yo seguí mi camino con un poco mas de tranquilidad, pues sentía que mi papá me estaba cuidando; aun así, yo seguía llorando de miedo, porque en la sierra, la noche es densa y absoluta, y los sonidos del camino alimentaban fácilmente la imaginación de un niño. En el último tercio del camino, yo decidí ir corriendo, ya que sentía que no podía aguantar más esa situación; por fin, llegué a mi destino, tiré la callapa en el exacto lugar donde la había encontrado y rápidamente emprendí el camino de retorno. A mi vuelta también sentí la presencia de mi papá a algunos metros de mí, o por lo menos yo quería creer eso. Con esa seguridad llegué a mi casa en menos tiempo del que gasté para ir, sin embargo, cuando entré: mi papá estaba sentado allí como si nada hubiese sucedido.

Por es vieja experiencia, y teniendo la seguridad de la autoría de Zorra, ya que ese escondite era su lugar favorito, yo tuve mucho miedo por ella, pues

sabía que a mi papá no le gustaría que Zorra estuviera tomando cosas de otras personas; por lo que si yo le avisaba, mi papá la castigaría severamente. Por ese motivo decidí no decir nada sobre mi descubrimiento, entretanto, tengo que reconocer que: además del amor a mi perra, también pesó en mi decisión que el lugar estuviera lleno de azúcar, pan y otras cosas, que para nosotros, gente de la sierra, eran lujos. Por ese motivo decidí pasar por allí antes de ir a la escuela o a la chacra: para comer galletas, agua con azúcar o cualquier otra cosa deliciosa que estuviera allí. Para mi desesperación, un día Zorra trajo demasiadas cosas, yo no podía imaginar de donde tomo todo eso, ya que ella solo “trabajaba” de noche mientras todos dormíamos. Así, delante de ese aumento en la criminalidad que largamente desbordaba su escondite, mi papá descubrió toda la situación. Muy a mi pesar, el castigó severamente a Zorra, desde mi casa yo solo escuché sus lamentos recibiendo el castigo, pues preferí no ver.

Después de esa experiencia, ella dejó de llevar las cosas a la huerta, y el problema parecía resuelto, no obstante, luego descubriríamos que lejos de casa, en una piedra grande y oscura, cerca de la casa de un vecino, Zorra había reiniciado sus actividades; así, de día, delante de los ojos de la familia, se comportaba como una perra ejemplar. Sin embargo, de noche, ella robaba de los vecinos las mas variadas cosas.

En ese momento fue la primera vez que una persona llegó a mi casa para hacer una reclamación, el agraviado denunció que el vicio en persona como Zorra había



entrado a su casa a robar. La indignación de mi papá fue tan grande como su vergüenza, pues no fue un vecino familiar nuestro, que podría entender la situación, sino que fue una víctima que vivía muy lejos de nosotros, en otro pueblo, que fue preguntando entre los vecinos hasta encontrar primero sus cosas y luego nuestra casa. En esa ocasión mi papá castigó mas duramente a Zorra; delante de esa difícil situación, mi mayor tristeza era que yo ya comprendía que ese problema no iba a solucionarse con otro castigo, y mis dudas fueron confirmadas cuando percibí que ella seguía saliendo de noche.

Mucho tiempo después descubriríamos que Zorra nuevamente había cambiado de escondite e que llevaba sus cosas a otra piedra grande, cerca de la casa de una vecina que era viuda y que cariñosamente llamábamos abuela Mesla — en verdad, ella no era familiar nuestro, mas la costumbre en la sierra era llamar abuela a cualquier persona de edad, como señal de respeto, ya que vivíamos con ellos como si fuesen de nuestra familia —. Así, antes de que alguna persona de mi casa conociese ese nuevo lugar, en el

cual Zorra ocultaba sus objetos robados, otra persona llegó a denunciar nuevamente a la perra, y aun cuando que mi papá castigó, gritó e intentó seguirla, no conseguimos encontrar donde ella escondía las cosas; de esa forma, el tiempo pasó sin que esa incógnita fuese resuelta.

Un día mi papá, mis hermanas y yo decidimos bajar al río para pescar, sin embargo, ese día no encontramos a Zorra para que nos acompañe. Pasó el día y cuando eran las cuatro o cinco de la tarde, nosotros estábamos listos para regresar a casa con la pesca del día. En ese momento, yo escuché un ruido entre los carrizos del río, donde acostumbraba a jugar con Zorra, por pura curiosidad me acerqué a averiguar que era ese sonido similar a un llanto agudo; para mi sorpresa, allí estaba solitario un cachorro pequeño y negro que mi perra había parido. Para que mi papá no lo viera, yo escondí al cachorro dentro de mi chompa, ya que desconfiaba que el me dejase llevar un nuevo perro a casa, pues los problemas que Zorra generaba ya eran suficientes para nosotros, como para arriesgar más la reputación de la familia con otro perro. Solo cuando llegué a casa saqué al perro de dentro de mis ropas y delante de mis hermanas, mi mamá y mi papá, presenté a el nuevo miembro de la familia. Dado que en esa época, mis hermanas estaban aprendiendo a leer usando un libro llamado “Lola y Pepe”, donde en sus historias describían a un

perro llamado Zandor, yo decidí usar ese nombre para mi nuevo perro.

Así, aun con sus nuevos deberes de mamá, Zorra no dejaba de causar problemas, ya que a nuestros oídos llegaban historias de robos en pueblos distantes, y las ausencias de Zorra se volvían cada vez más prolongadas. Para nuestra mala suerte, en un pueblo vecino, se había expandido la noticia que era una perra la responsable de todos los robos, y, en un triste día, los moradores de esa localidad se organizaron, entre todos la acorralaron y atraparon y finalmente, sobre el abrigo de la multitud y sin ningún remordimiento, dieron muerte a mi querida Zorra. Ese mismo día llegó a mi casa la noticia de su muerte... entre lágrimas y lamentos fuimos a ese pueblo a enterrar a nuestra querida perra, ya que nos informaron que ellos simplemente habían tirado su cuerpo en la ribera del río; cuando llegamos allá, la encontramos helada e inerte, e instintivamente la envolvimos en un paño, como si fuese un bebé, para que no pasase frío... a su lado lloramos hasta que nuestras lágrimas se secaron, pues ella había sido nuestra amiga fiel, y aunque supiéramos de sus malas costumbres, nosotros la amábamos. En ese mismo lugar, al finalizar el día y con el río como testigo, hicimos una pequeña ceremonia y enterramos a quien en vida fue conocida por nosotros como Zorra.

Al día siguiente, la noticia se había esparcido en mi pueblo, y aunque nosotros asumíamos que no recibiríamos condolencias por parte de los vecinos, para nuestro desengaño, la abuela Mesla llegó llorando a la puerta de nuestra casa y entre sus lamentos decía:

*Yo no tenía olla, y
Zorra me llevó una olla;
yo no tenía sartén, y
Zorra me llevó una sartén;
yo no tenía cuchara, y
Zorra me llevó una cuchara;
yo no tenía cuchillo, y
Zorra me llevó un cuchillo;
cuando tuve hambre,
Zorra me llevó pan...*

Mi mamá la abrazaba, en cuanto la abuela Mesla continuaba con su letanía, por aquel animal que, a su modo de ver, solo había llegado a su vida para ayudarla en su momento de mayor necesidad.



Capítulo 2

Zandor

Después de la muerte de Zorra, toda la familia se quedó muy triste, pues a pesar de sus malas costumbres, ella siempre fue muy amorosa con todos nosotros, por eso sentíamos su falta como si fuese un miembro de la familia. Así, pasamos mucho tiempo llorando, sobretodo mis hermanas y yo, que aún eramos niños. Muchas veces vi a Teodosia — mi hermana mayor, la cual cariñosamente llamábamos “Tulaco” —, iniciar a llorar en silencio al ver el lugar donde Zorra dormía; inclusive Diofelia — “Dio”, mi hermana menor —, a pesar de su corta edad, ya sabía distinguir la muerte y la ausencia que esta deja. Yo también lloraba, tal vez más que ellas, porque Zorra era mi compañera fiel, ella me seguía a todos los lugares donde yo iba; pues, al ser el hijo hombre de la casa, yo era el que tenía que salir

a trabajar en la chacra con mi papá, y Zorra siempre hacía mas alegres y memorables esos momentos. Nuestro único consuelo era que teníamos a Zandor; nosotros lo amábamos por ser el último regalo que Zorra nos dejó. Yo miraba a Zandor, todo pequeño y negrito y pensaba que era muy lindo; su presencia me decía que de alguna forma, una parte de Zorra aún estaba con nosotros. Así, Zandor creció siendo criado con mucho cuidado y cariño por todos nosotros; entretanto, la personalidad de Zandor era distinta de la personalidad de su mamá, el era un perro muy honrado y era evidente para nosotros que no tenia ninguna de las malas costumbres de Zorra.

Desde pequeño yo llevé a Zandor a todas mis caminatas por la sierra; como mi familia tenía vacas, yo tenía que ir a darles comida y atenderlas, y comúnmente recompensaba a Zandor por su compañía dándole leche fresca, que yo mismo ordeñaba para matar nuestra sed. Con todos esos cui-



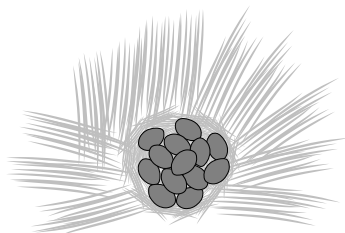
dados, en poco tiempo Zandor se volvió un cachorro fuerte y muy juguetón, el me ayudaba a cuidar las vacas y asustaba a los pájaros que venían a comer las semillas en la chacra; cuando yo gritaba su nom-

bre, el venía corriendo y se paraba frente a mí con la marcialidad de un soldado delante de su general; el era tan inteligente como una persona y mucho más obediente que yo mismo.

Un día cuando estaba en el campo con Zandor, observamos que una perdiz salía volando desde unos arbustos; para Zandor, que aún era cachorro, esa fue la primera vez que el vio una perdiz; yo, por el contrario, ya tenía experiencia con esas aves y sabía que cerca a ese lugar encontraríamos un nido, huevos o crías. Automáticamente grité: — ¡Zandor! ¡Vamos a buscar huevos! — El ladró al sentir mi entusiasmo y avanzó junto a mí en la dirección que yo le indiqué. Era lindo ver a Zandor, pequeño pero valiente, batiendo su cola, oliendo para todos lados, levantando y recogiendo sus orejas; como si, en esa su primera misión de búsqueda, quisiera demostrar su eficacia usando al máximo todos sus sentidos. Solo buscamos unos minutos y de repente los vimos — ¡Mira Zandor! — grité, el ladró como afirmando mi exclamación, y me acerqué al nido para recoger todos los huevos; Zandor no tomó ninguno, el solo me miraba contento en cuanto yo los colocaba en una bolsita de tela para protegerlos y llevarlos a casa.

Este procedimiento se volvió común, y cada vez que yo salía a buscar a las vacas, también aprovechaba para buscar huevos de perdiz con Zandor; cuando los encontrábamos, yo los llevaba muy conten-

to a mi mamá; de modo que, todos los días nosotros volvíamos con 8, 12 o hasta 15 huevos. Con el pasar de los meses Zandor se volvió un especialista en encontrar huevos, además de que el ya no era un cachorro, y yo no necesitaba acompañarlo; así, en cuanto yo trabajaba, el salía por cuenta propia a buscar huevos; en el instante que el los encontraba, ladraba para mí, varias veces y sin descanso, hasta llamar mi atención, de modo que mi única misión era recogerlos y llevarlos a casa. Algunas veces cocinábamos los huevos, otras veces los freíamos; siendo que en una de esas ocasiones, mi papá llegó a casa en cuanto estábamos cocinándolos, — ¿y esos huevos?— preguntó



el, y nosotros contentos y llenos de orgullo respondimos: — ¡Zandor los encontró!— El meditó un poco y replicó: — Zandor los encontró... ¿y que cosa le dieron?— La pregunta nos tomó por sorpresa y dijimos en voz baja: — Nada papá, solo la comida de la casa... — mi papá nos miró e indicó calmadamente: — Si el fue quien los encontró, el también debe participar —; en ese momento mi papá tomó un huevo crudo y se lo dio al perro, Zandor tomó contento el huevo y lo lamió hasta dejar solamente la cáscara; a partir de entonces Zandor se acostumbró a comerlos

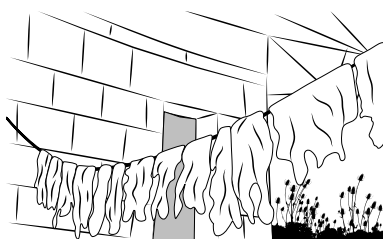
siempre que le ofrecían. Ese procedimiento se volvió costumbre y cada vez que el encontraba huevos, yo los llevaba a casa, los entregaba a mi mamá y ella a su vez entregaba dos a Zandor; sin embargo, nunca le dábamos los huevos cuando el los encontraba, solamente en la casa, el por su parte sabía esperar y nunca tomó ninguno, solo esperaba pacientemente el momento que mi mamá entregase a el sus huevos e iba contento a su rincón a comerlos.

Para mí Zandor era maravilloso, a cualquier lugar que iba el me acompañaba, cuando estaba triste el se sentaba a mi lado y hasta lloraba conmigo haciendo un sonido agudo, que yo sentía lleno de solidaridad. Por otro lado, si el percibía que yo estaba contento, levantaba sus orejas e iniciaba a saltar y correr de un lado a otro; así, durante un buen tiempo, andamos y crecimos juntos... el tiempo pasó, y yo cumplí ocho y luego nueve años.

Un día mi papá decidió abatir un toro; allá en la sierra no se mata un toro sin ningún motivo, solo en ocasiones importantes como fiestas regionales, casamientos o eventos semejantes; sin embargo, yo sabía que en esa época no teníamos ninguna festividad y pensaba que a mi papá simplemente se le había ocurrido abatir un toro sin ningún motivo, mas no era sí. Yo tenía un hermano mayor que vivía en la capital, en Lima; yo no lo conocía, solo sabía de su existencia, pues mis padres siempre hablaban sobre

su vida allá y se referían a él como “Seve”, por lo que en esa época yo pensaba que él se llamaba de esa forma, no obstante, su nombre no era ese y si Severino; yo no lo conocía porque viajó a Lima cuando yo era muy pequeño, seguramente lo vi cuando era bebé, mas yo no tenía recuerdos de eso. Así, mi papá y mi mamá tenían la intención de hacer charqui para mandarlo como regalo a mi hermano, por lo que con ese fin decidieron abatir al toro y prepararon cuidadosamente su carne con mucha sal.

Nuestro hogar estaba compuesto por una casa pequeña y una grande, ambas separadas varios metros entre sí; nuestra familia vivía en la casa grande y usábamos la pe-



queña para guardar herramientas, granos y, en general, alimentos no perecibles. Cerca de la casa pequeña teníamos dos higueras; ese día mi papá usó una de ellas para amarrar una soga hasta la casa pequeña, y sobre ella colgó la carne para secarla con el sol, sin embargo, él decidió colgar una pierna de toro en el tronco de la otra higuera, pues esta pesaba mucho. Allá la costumbre es recoger la carne y llevarla para la casa durante la noche, para que los animales de hábitos nocturnos no vengan a comerla, de modo que al día siguiente, por la mañana, con los primeros

rayos de sol, la carne era nuevamente colgada; no obstante, ese día mi papá recogió solo el charqui que estaba colgado en la cuerda y se olvidó de la pierna que había colocado en la otra higuera. Lo peor fue que allí, donde mi papá dejó la carne, tranquilamente cualquier perro, zorro, u otro animal carnívoro de la sierra, podría tomarla fácilmente, sin la necesidad de saltar, dado que no estaba a mucha altura.

Esa noche Zandor no paró de ladrar; nosotros desde la casa grande solo escuchábamos el escándalo con curiosidad, dado que ningún miembro de la familia se acordó de la pierna colgada en la higuera; por los ruidos solo reconocíamos que algunas veces llegaban otros perros, otras veces no escuchábamos ningún otro animal, solo a Zandor ladrando con mucha rabia y fuerza; mi papá, enojado por el ruido, solo decía: — ¡Que cosa quiere ese perro que no nos deja dormir! — sin embargo, el no salía de la casa grande a indagar sobre la situación; yo tenía mucho miedo por todo lo que estaba sucediendo; pues, en la sierra, se cuentan historias de los seres que habitan la noche. Algunos dicen que de noche anda el “cuco”¹, y los niños teníamos un terror extremo a ese ser; para empeorar la situación mi papa tenía la costumbre de contarnos historias de sus viajes, de como de

¹ También llamado, coca o coco, este es un ser mítico, una especie de fantasma, bruja o espantajo que anda de noche por los caminos.

noche encontró al cuco en los caminos de la sierra, o también que en algún pueblo cercano el cuco había matado a algún vecino, que había chupado la sangre de otro o simplemente asustado a algún caminante nocturno; debo reconocer que a pesar del terror que me causaban las historias de mi papá, me gustaba conocerlas y pasar miedo de escuchándolas; él siempre me contaba sus aventuras de cuando salía a trabajar a otras ciudades y las cosas que veía, los problemas que acontecían en el camino y de los personajes que aparecían cuando él se desplazaba a pie.

Por ejemplo, un día mi papá me contó que cuando estaba viajando desde nuestro pueblo hasta “Cangallo”, un poblado vecino, a la mitad del camino la noche lo atra-



pó, y empezó a buscar entre las vías una casa que pudiera darle posada; en cuanto él estaba en esa tarea, escuchó un pájaro al cual nosotros en la sierra llamamos “huaychao”², cuyo canto es de mal augurio. Mi papá decía que cuando el “Huaychao” canta es

² También escrito como waychaw, esta es una palabra quechua que significa: avisar, anunciar, advertir o notificar. “Huaychao” es una onomatopeya del sonido que hace la ave cuyo nombre científico es *Agriornis montanus*.

porque el mal está cerca, que el canta porque vio al mal andando, quizás en la forma de algún “jarjacha”³. Para nosotros los jarjachas son seres de la noche, son personas que se levantan de sus tumbas, pues al haber hecho cosas terribles en vida están condenados a no morir y vagar de noche entre el sufrimiento y la ira. Entonces, mi papá siempre me advertía muy serio, que si en la noche escuchaba al huaychao, debía tener mucho cuidado porque seguramente un jarjacha estaba cerca. Siguiendo los hechos, cuando mi papá escuchó al huaychao, inició a correr saltando piedras y atravesando riachuelos hasta que, solo y asustado, encontró una casa; rápidamente tocó a la puerta y desde dentro escuchó una voz de mujer que le preguntaba: — ¡Buenas noches! ¿quien anda allí? — Mi papá todo asustado intentó explicarle que era solamente un viajero, que la noche había llegado en medio de su camino y que necesitaba solo un lugar para dormir; la señora desde el interior le respondió que, de la misma forma que el habla, seres que no son personas, cucos, andan por la noche engañando a los moradores para conseguir entrar a sus casas, — ¡De repente tú eres uno de ellos! — indicó la señora y negó a mi papá un lugar para dormir; el insistió con la voz temblorosa por el miedo, porque sabía que todo eso era verdad, pues el ya había escuchado al

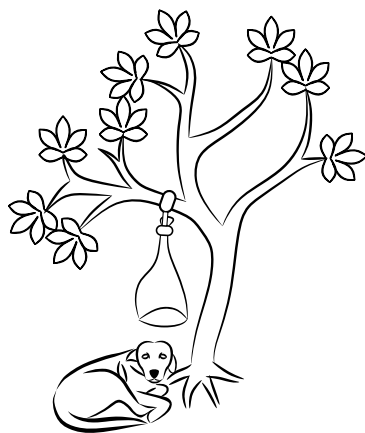
³ También llamado *carcaq* o *qarqacha*.

huaychao y sabía que el mal estaba cerca; por fin, después de mucho insistir, la señora se conmovió y dejó entrar a mi papá a la casa. La señora, toda curiosa por la situación, preguntó a mi papá el porqué andaba de noche, y el explicó que solo estaba intentando ir de Occo a Cangallo, sin embargo, tuvo problemas en el camino y la noche le ganó; inmediatamente la señora respondió en tono maternal: — ¿Por qué andas de noche? Solo ayer un jarjacha se comió a una persona, ahora ese vecino está muerto, hoy mismo lo enterramos —. Por todas esas historias, salir de la casa grande de noche, solo porque el perro ladraba, era una completa temeridad; hasta mi papá tenía miedo de salir, el solo gritaba para Zandor desde dentro de la casa, sujetando su “guaraca”⁴, golpeando con ella la pared. Los demás miembros de la familia solo escuchábamos resignados, intentando dormir a pesar del escandalo.

Así, la noche pasó, y prácticamente ninguno de nosotros consiguió dormir; cuando los primeros rayos de sol tocaron nuestra ventana, todos salimos en dirección de la casa pequeña y para nuestra sorpresa vimos la pierna de toro colgada en la higuera, para nosotros fue evidente que de noche los animales del

⁴ *Cuerda muy versátil que puede ser usada como cinturón o para disciplinar niños desobedientes.*

campo habían llegado a comer la carne y Zandor la había defendido, peleándose, ladrando y sin dormir. El estaba acurrucado encogido en forma de bolita abajo de la pierna de toro y al vernos llegar solo nos dirigió una mirada cansada en cuanto batía su colita; mi papá se admiró por el desempeño de Zandor, pues la carne estaba intacta. — ¡Cómo me olvidé de la pierna! ¡Por eso llegaban los perros! — exclamó mi papá, automáticamente entró a la casa, tomó un cuchillo, cortó con el un pedazo grande de carne en la pierna de toro, aún colgada en la higuera, y la entregó a Zandor como un premio; solamente en ese momento el miró la carne con deseo, tomó su premio y fue para su rincón a comer.



Así, Zandor creció siendo siempre un perro honrado, si tu no le dabas alguna cosa, el no lo tomaba, por eso toda la familia lo respetaba. Además de eso, en el campo, los perros siempre son bien cuidados; ellos comen la misma comida que los dueños de casa y son tratados con cariño, siendo ellos considerados como miembros de la familia.

Continuará.

Este libro fue producido por Fernando Pujaico Rivera, editado y diagramado usando \LaTeX , con un tipo de fuente codificación: T1, familia: LinuxLibertineTTOsF, serie: m, y tamaño: 14.4 pt , para ser impreso en un papel tamaño 14.8x21.0cm. Edición creada en agosto de 2020.